

DE CAPITAN Y DEL MAS GRANDE ADMINISTRADOR DE LOS TIEMPOS MODERNOS. TODOS AQUELLOS QUE TIENEN ALMA DE SOLDADO, COMPRENDERAN EL DESEO QUE TENIA DE CUMPLIR CON ESTA PEREGRINACION. LA FIGURA HISTORICA DE NAPOLEON HA ENGRANDECIDO CON EL TIEMPO; BIEN ES QUE EL HOMBRE ERA UN GENIO INCOMPARABLE. EL MUNDO LE DEBE MUCHO". Estas reflexiones sirvieron de conclusión. No hacemos comentarios".

LA GLORIA DE PORFIRIO DIAZ

Quienes impiden hoy el culto porfiriano, lo único que con siguen es agrandarlo para el porvenir. Si los restos de Bona parte hubiesen vuelto a Francia en el año de 1821, habrían sido recibidos con respeto; pero los Borbones le tuvieron más do a aquel muerto, y al aplazar la repatriación, prepararon sin querer la apoteosis delirante de 1837. Lo mismo va a pasar con los huesos del General Díaz. La negación del homenaje aviva el recuerdo del paladín y provoca el amor de las muchedumbres. Nadie puede detener ya el orto deslumbrante y magnífico. Si muchas nubes cargadas de procelas pretendiesen opacar el radiante amanecer, el sol triunfante las orlaría de oro, las haría arder en una claridad paradisíaca y se sentaría sobre ellas, como sobre un trono oriental.

Nada es tan propicio a la fama de un héroe como maldecir su nombre y condenar su culto. La gloria, cuando es verdadera se parece a la luz solar: nadie la resiste, nadie la detiene. Baja de las cumbres a los abismos: se cuele por entre las hendeduras y las grietas hasta llegar hasta el corazón de los peñascos; atraviesa las olas, hasta encender el fondo del mar. A todas partes llega y en todas partes despierta la Naturaleza.

El recuerdo de las batallas del caudillo, con ser fascinante y conmovedor no es la razón principal del homenaje. La causa de la glorificación está en el héroe mismo, cuya vida milagrosa se extiende sobre nuestra historia como una constelación de cincuenta estrellas; veinte simbolizan su vida militar y en las otras treinta parpadean triunfantes sus treinta años de construcción y paz.

Como Miahuatlán y la Carbonera, como Jalatlaco y el

Dos de Abril hay muchos otros días de gloria para la Patria. Allí está el sitio de Cuautla, lleno de episodios de gesta; allí está el holocausto de los niños de Chapultepec, que para consolar a la Patria mutilada, le tributaron la ofrenda de su sangre virgen: allí está Calpulalpan, aurora dorada del México redivivo; allí está el Cinco de Mayo, que aunque militarmente no pasó de ser un descalabro, le devolvió al pueblo la fe en sí mismo, y lo inyectó de valor y esperanza; allí está por último la caída de Querétaro, y con ella el sursum definitivo de la causa republicana.

Nuestra Historia está salpicada de hechos de leyenda, y si nos pusiéramos a celebrar los aniversarios de todos los heroísmos, transcurriría el año entero en medio de conmemoraciones cívicas. En la imposibilidad de hacerlo, la República debe sacudir su túnica tachonada de astros, y sólo glorificar perenemente a los héroes sintéticos, a los que encarnaron el espíritu nacional en los días aciagos de las grandes crisis, a los corazones fuertes, que fueron inmensos capullos en donde un día la Patria se refugió como obscura crisálida para salir después transfigurada en mariposa alada.

Porfirio Díaz es el tercer héroe nacional. El primero fué Hidalgo, núcleo inicial de nuestra Independencia; el segundo fué Juárez que encarna la transformación grandiosa de la Reforma, el tercero fué Díaz, que sintetiza la etapa fecunda de la unificación nacional. Bueno o malo, nuestro pasado en ellos se reconcentra; son los tres pétalos de un trébol simbólico; los tres lados de un triángulo de luz por donde nos mira la pupila de Dios; los tres colores de nuestra bandera; las tres cuerdas de la lira nacional; las tres figuras centrales de nuestra civilización.

La Patria, al través de ellos nació, se renovó y se fortificó. En Hidalgo es todavía un ensueño; en Juárez fué ya una realidad; en Díaz fué un triunfo clamoroso. Los demás héroes son planetas; Hidalgo, Juárez y Díaz son los soles, en cuyo alrededor gira toda nuestra Historia. Hidalgo sembró la planta; con Juárez se llenó de flores; con Díaz se cubrió de frutos.

Por eso México que honra al Libertador en el 16 de Septiembre y al Reformador en el 18 de Julio, necesita una fecha para el culto del Constructor. Lo mismo puede ser el Dos de Abril que el Quince de Septiembre: es igual la evocación del triunfo de la Carbonera que el Dos de Julio, aniversarios de su

muerte. Lo que el pueblo anhela es una oportunidad para externar su admiración reprimida durante los años negros de la Revolución. ¡Una fiesta en la que al mismo tiempo se consagra al héroe de nuestras epopeyas y al arquitecto de nuestra cultura!

Después de Hidalgo, Juárez y Díaz, ya no van a venir héroes máximos. Ya ellos tres señalaron la ruta; ahora lo único que se necesita es seguir el camino. Hidalgo nos enseñó a iniciar; Juárez a perseverar. Díaz a edificar. Después de ellos, ya no hacen falta gigantes sino obreros: estadistas admirables del tipo de Sarmiento y Alberdi, de Limantour y Matías Romero, que adornen con arabescos de granito el edificio de la Patria siempre en construcción. A medida que los pueblos avanzan hacia el porvenir van dejando de ser necesaria la intervención de los semidioses. La Grecia de Pericles no necesita de los titanes para que la defiendan porque sabe defenderse sola. El último héroe de Inglaterra fué Cromwell; el último de Francia fué Bonaparte; el último de Alemania, fué Bismarck; el último de Estados Unidos, Lincoln; el último de Italia, Garibaldi.

Entre nosotros el último fué Porfirio Díaz. En adelante ya no se van a requerir hombres extraordinarios porque el milagro de la Patria ya está hecho. Los héroes cumplieron su misión divina; ahora toca al pueblo completar la obra.

Por eso, es tan resistible el empeño de la Revolución por obscurecer la gloria porfiriana. Negar la estrella, cuando se destaca con más relieve que nunca porque sólo la circuyen sombras: insultar a la montaña desde el abismo; censurar con silbidos de serpiente, el vuelo atrevido del águila que se incrusta en el cielo; alzar sobre el genio la mano irreverente, cuando reina por doquiera la mediocridad.

Por encima de las diatribas pasionales; el pueblo mexicano persistirá en venerar la memoria de Porfirio Díaz, porque tiene la dolorosa intuición de que es el representante postremo de la tradición épica, el último retoño de la leyenda patria. Después de él no habrá ya más hazañas fabulosas; con Porfirio Díaz se pierde en las brumas del pasado la visión divina de un México que nunca volverá.

Ya no concentra a la Nación sus energías ni sus esperanzas en un solo hombre. Ya no se presenciara el milagro de 1811, en que un caudillo junta en una semana cien mil hombres y despierta a todo un pueblo a la vida. Tampoco se re-

petirá la hazaña de vencer a un Imperio con dos cualidades únicas: perseverancia y fe. Menos aún se verá el brazo tau márgico que convierta un erial casi secular, en un vergel para la civilización. Ya no habrá trabajos como los de Hércules ni hazañas como las de Teseo. Se acabaron los milagros y los conductores geniales tienden a humanizarse. Ahora vendrá la acción intelectual y moral del país por siglos y siglos, hasta que se agote el espíritu de la raza, y llegue el momento en que tengamos que entregar nuestra antorcha a una nueva civilización del futuro.

Pero aún en ese entonces la Humanidad venidera evocará con respeto la obra de nuestros caudillos centrales, como también evoca sobre las ruinas de la vieja Hélade, las hazañas de la Guerra de Troya y los monumentos imperecederos del reinado de Pericles.

Esa es la gloria de Porfirio Díaz: hizo lo que nadie había hecho y lo que nadie más volverá a hacer. A su influjo, los hombres se convertían en héroes y los héroes se transfiguraban en estadistas. Allí está Pacheco, rivalizando en el asalto de Puebla con cualquier guerrero de la Iliada y luego en la Secretaría de Fomento, envolviendo la República en la cinta de acero de los ferrocarriles. Allí está también Juan de la Luz Enríquez... el primero en llegar a la plaza de Puebla el dos de abril y luego como Gobernador de Veracruz, el primero también en ponerle cimientos de granito a la educación nacional.

Díaz, con su régimen, completa la obra de Hidalgo y Juárez, porque le da cohesión. Los hombres que lo acompañaron en su primera etapa fueron campesinos que se improvisaron guerreros y luego, guerreros que se pusieron a construir. Y en medio de ellos el gran obrero que puso fin al desorden, que deshizo las facciones; que encendió una revolución para castigar a la Revolución; que derribó un gobierno para crear el Gobierno.

Después de la devastación revolucionaria de la última década se miran los treinta años porfirianos como treinta puntales que sostienen el edificio en ruinas; treinta promesas de futura libertad; treinta argumentos en favor de la posibilidad que tiene México para gobernarse cultamente; treinta esperanzas mecánicas de redención.

La Revolución de 1910 quiso acabar con la gloria de Por-

firio Díaz... y Porfirio Díaz, después de diez años sigue en pie... la misma Revolución le sirve de pedestal.

* * *

Para tener una idea de la intensidad del homenaje que el pueblo de México va a tributar a Porfirio Díaz, en un futuro no muy remoto, basta considerar la forma en que han empezado a ser glorificados los que fueron procónsules de la Dictadura. En días pasados llegaron a Mérida los restos de don Olegario Molina, fallecido recientemente en Cuba, y fueron recibidos por todas las clases sociales, con manifestaciones de gloria. El sepelio del ilustre ministro porfiriano fué un acontecimiento singular que sacudió a todo Mérida. Hubo profusión de ofrendas florales, de estandartes y de panegíricos. El gobierno no sancionó con su presencia el homenaje; pero en cambio, el pueblo dió a los funerales un esplendor y una majestad, que no se habían dispensado hace muchos lustros, a ningún otro prócer de Yucatán.

Esta consagración es muy elocuente sobre todo si se toma en consideración que se ha hecho, en la región en donde don Salvador Alvarado, primero, y después, don Felipe Carrillo Puerto, trataron de implantar el régimen más extremista y radical. El pueblo al honrar a quien fué un representante del régimen contrario, manifiesta tácitamente su inconformidad con las experiencias y ensayos socialistas. El prestigio del estadista se irgue y triunfa, a pesar de las lápidas con que lo han pretendido sepultar quince años seguidos de Revolución.

En una reivindicación parecida, me tocó hace seis meses el privilegio de ser testigo y actor. Pronunciaba yo, en el Teatro Independencia de Monterrey el panegírico de mi Estado natal y después de hacer desfilar delante del auditorio, a las figuras del Padre Mier, Escobedo Zuazúa y demás varones ilustres de la patria chica, propuse también un aplauso cariñoso para aquellos otros nuevoleonenses, que aunque nacidos en otras tierras, al llegar a nuestro Estado, injertaron en él todo su ser, y dejaron para siempre su espíritu en Nuevo León.

Entre esos seres queridos que comenzaron siendo huéspedes y acabaron siendo nuevoleonenses, coloqué en primer lugar, al invencible paladín don Ignacio Zaragoza. Después ha-

blé del sabio doctor José Eleuterio González, y por último, al referirme al general Bernardo Reyes, lo hice en los términos siguientes:

“No sería lícito olvidar en este panegírico al constructor incansable, que hace cerca de cuarenta años nos vino de Jalisco y nos ayudó a levantar el edificio de nuestro Estado. Fué un obrero tenaz que se vinculó con nuestro comercio y nuestra industria; que atrajo a Nuevo León grandes negociaciones extranjeras para que se enriquecieran y nos enriquecieran; que puso su espíritu en las piedras de todas nuestras construcciones; que tenía a gloria que muchos de sus hijos hubieran nacido en nuestro suelo; y que tal vez con la intención de abarcar a todos los regiomontanos, en el amor de una sola mirada, incrustó su nido de piedra, en una de esas cumbres de granito, donde—según los versos épicos de Othón—las águilas indianas están cuidando las puertas de la Patria!

“Yo fui su adversario: pero no me quedaría con la conciencia tranquila si al hacer el panegírico del solar de mis mayores, no le tributara un recuerdo a quien lo amó tan fervorosamente. Por eso me acerco a la tumba del General Bernardo Reyes, no con un puñado de rosas propiciatorias sino con la misma espada con que lo herí en vida. Y esa espada la rompo, para dejar caer los pedazos, como el más devoto y conmovedor de los homenajes!”

El público escuchó religiosamente los conceptos anteriores, y luego estalló en una ovación cálida, nutrida y estruendosa que se prolongó al través de diez minutos. ¿Esa ovación se tributó al orador? Seguramente no; aquellos aplausos entusiastas y fervorosos constituían una consagración para la obra del General Bernardo Reyes. El pueblo de Nuevo León, aprovechó aquella oportunidad para restaurar el prestigio de un gobierno, que como el de don Olegario Molina en Yucatán, durante quince años consecutivos, ha estado bajo el peso de la condenación oficial.

Y si el recuerdo de Reyes, provocó en Monterrey una ovación de diez minutos, y el cadáver de Molina ha conmovido al Estado de Yucatán, ¿qué pasará en todo México cuando se miren llegar a las playas de Veracruz los restos de Porfirio Díaz? ¿Cómo será el homenaje, cuando ya no haya presión para impedirlo? Si los procónsules empiezan a ser glorificados en sus provincias, ¿cómo irá a ser la apoteosis del

héroe epónimo, que supo sintetizar treinta años de nuestra historia?

Estas dos reivindicaciones hacen pensar cómo va a ser la reivindicación máxima, la apoteosis deslumbradora que todo el país reserva al taumaturgo gigantesco que en medio de un siglo de agitaciones y turbulencias, supo incrustar treinta años de concordia, de construcción y prosperidad.

NEMESIO GARCIA NARANJO.

FIN.